

Lionel Charles Robbins (1898-1984)

Manuel-J. González*

Lionel Robbins es generalmente conocido entre los estudiantes de Economía por su famosa definición de ciencia económica, como análisis de la relación entre fines y medios susceptibles de usos alternativos. Normalmente, aquí se agota el conocimiento de nuestros estudiantes sobre la vida y obra de este gran maestro de economistas. Pero su trayectoria intelectual —y vital— sobrepasa con creces tan importante como limitado campo de estudio. Lionel Robbins fue uno de los grandes economistas del período de entreguerras. Aunque ligeramente desplazado —tras la II Guerra Mundial— del centro de la escena, se mantuvo hasta el final de sus días intelectualmente vivo y vigoroso en los ambientes académicos de uno y otro lado del mar. Nació L. Robbins en 1898, en Middlesex. Finó en 1984. En el presente año se cumplen 25 de su muerte. Durante su periplo vital, desempeñó muchas tareas y dio vida a algunas nuevas concepciones en nuestra ciencia.

Famosos economistas como Baumol, que llegaron a sentarse en sus clases, y gozaron de su amistad y favor intelectual, todavía recuerdan la enorme fuerza de su personalidad, señoreando unos tiempos universitarios más reposados, menos urgidos. Su figura fornida, con una voz imponente, su melena leonina, su gran sentido del humor y, en fin, la llamativa penetración intelectual que mostraba a menudo en sus andanzas por los corredores de la Historia del Pensamiento Económico han dejado en sus estudiantes una huella indeleble. Su claridad expositiva, su erudición, eran portentosas. Y eso, sin contar la enorme originalidad de que hacía gala al enfrentarse con el pensamiento de muchos de los autores del pasado que desgranaba, cual fascinante aventura de cada clase, ante los ojos arrobados de sus alumnos.

Nacido del matrimonio formado por Rowland Richard Robbins —presidente durante largo tiempo de la Unión Nacional de Agricultores— y Rosa Marion Robbins, llegaría el vástago a recibir un título de nobleza, en 1961. Cursando sus estudios en el *University College* de Londres, decidió, el joven Robbins, inscribirse en el Ejército de tierra, cuando se encendieron las hostilidades de la “Gran Guerra”. Resultó herido y devuelto a su patria en 1918. No tardaría en reemprender sus estudios —en 1920— en la *London School of Economics*, la prestigiosa universidad londinense en la que pronto habría de graduarse. Corría el año 1923.

No sólo la economía suscitaba la atención de nuestro hombre. Había “agavillado” un cúmulo formidable de información sobre literatura, artes visuales, ópera e historia política. Pero sentía la mayor predilección por la Economía, lo cual resulta patente no sólo en sus trabajos analíticos o sobre Política Económica, sino en su *Lectures* sobre Historia del Pensamiento Económico, obra deliciosa que dio a la estampa, ya en su madurez, para goce de amigos y discípulos (amén de lectores, y estudiantes interesados en general). Parece que el escenario de sus primeras clases de Historia del Pensamiento Económico no fue, al principio, especialmente risueño: una estancia oscura y fría en una ciudad —Londres— donde aún humeaban las bombas de la avicación alemana. Corría el año 1946. Los estudiantes, en aquel escenario de escasez aguda, arropados con sus raídas vestimentas a duras penas conservadas, escuchaban, embelesados, la voz de aquel vigoroso predicador que ante sus atónitos ojos, resucitaba la vida y las ideas de los economistas del pasado.

Robbins había iniciado su carrera académica bajo la tutoría de profesor de izquierdas, Harold Laski, en 1924. Fue luego asistente de investigación, nada menos que de Lord Beveridge, otro intelectual progresista. Un año más tarde,

* De la Real Academia de la Historia.

profesaba ya en el *New College* de Oxford. Finalmente, pasó a enseñar economía en la *London School of Economics (LSE)*, durante el trienio 1925-1927. Su carrera fue meteórica: a la temprana edad de 31 años, ya había alcanzado el grado de *full professor* en la *London School* como sucesor de Allyn Young. En la LSE se mantuvo como director del departamento de Economía hasta 1960 (había trabajado brevemente en la Administración durante la II Guerra Mundial) y, pese a sus demostradas habilidades gerenciales, en actividades artísticas relacionadas con la *National Gallery* o con la *Royal Opera House*, Robbins no se había desviado de la actividad académica básica. Incluso como reformador, su esfuerzo se había centrado en las instituciones universitarias. Se recuerda su papel destacado en la reforma de los estudios superiores presidiendo el famoso “Comité Robbins”. La gran expansión de estos estudios, durante los decenios de 1960 y 1970, se debe, en buena parte, a la aplicación del llamado “Principio de Robbins” que recomendaba abrir y financiar los altos estudios a cuantos aspirantes obtuvieran las cualificaciones pertinentes. Cuando, en 1960, aceptó un puesto directivo en *The Financial Times*, la Universidad le obligó a dimitir. Pese a que nunca perdió el contacto con su *Alma Mater* —dic-tando cursos y conferencias— el episodio no dejó de producirle gran desazón.

Sin duda, la línea de investigación que le proporcionó fama universal fue la referente a la metodología o filosofía de la ciencia económica. Fama acrecentada por sus trabajos sobre Teoría de la Política Económica, Historia del Pensamiento Económico y Teoría Económica. En efecto, aunque sus contribuciones en estos campos no eran desdeñables en modo alguno, su *Ensayo sobre la naturaleza y significado de la ciencia económica* fue la obra que le consagró. En el decenio de 1960, y no sólo en la Universidad de Madrid, los estudiantes repetíamos sin pestañear la citadísima definición de Robbins que encabezaba muchos manuales de nuestra ciencia. Quizá no fue tanto su originalidad como su claridad y brillantez lo que atraía las mentes de los jóvenes estudiosos hambrientos de saber puro y seguro. La definición se revestía, en primer lugar, de pretensiones de cientificismo al permitir separar afirmaciones positivas de proposiciones que encerraban resbaladizos juicios de valor. Ello sin duda satisfacía el deseo de alcanzar la respetabilidad propia de los practicantes de las ciencias duras que ya aleteaba en algunos espíritus extranjerizantes de la movida universidad española de los años sesenta. Así, con toda naturalidad, fueron relegadas al mundo de las valoraciones subjetivas, distintas de las proposiciones científicas, las comparaciones intersubjetivas de utilidad. Los estudiosos de economía se zambulleron sin mayor repugnancia en la inmaculada concepción de las curvas de indiferencia que, formalizadas por Edgeworth y Pareto primero y, en su forma definitiva, por Hicks y Allen,

inundaron los manuales de microeconomía. Muchos economistas aceptaron este criterio de incomparabilidad intersubjetiva de satisfacción o “utilidad” como criterio de demarcación inicial entre ciencia económica y conocimientos vecinos tales como la psicología, la filosofía, la política, la sociología y otros. Criterio que cobraba vida imaginativa en un sencillo juguete geométrico, de apariencia cabalística para extraños, y en clave científica para iniciados: la familia de curvas de indiferencia.

Su definición de Economía estaba, muy probablemente, tomada de Menger, el gran economista austriaco, uno de los padres de la llamada Revolución Marginal, puerta de entrada de la ciencia económica en la modernidad. La almendra de la definición de Robbins descansa, pues, en la concepción formal, más que en la concepción material tradicional de Cannan, que entendía la economía como ciencia de la riqueza en todas sus fases, desde la creación a la distribución. Mera confesión de que allí donde aparecía la escasez, donde los fines posibles competían por los medios limitados disponibles, era menester asignar a objetivos ilimitados medios escasos, susceptibles de usos alternativos. Tratárase de creación de riqueza o ... de su destrucción, como en la guerra, de la elección de las más eufónicas notas de una melodía, de los mejores candidatos en una democracia, de los amigos idóneos para una velada y hasta de los cónyuges matrimoniales para más tiempo, allí anidaba un problema económico. El aspecto formal de la repuesta humana ante oportunidades alternativas constituía el objeto analítico del microscopio del economista. El comportamiento del hombre, abocado a elegir en condiciones de escasez, extendió el área de conocimiento a ignotas regiones —desde los cercanos precios y mercados, hasta el arte, la guerra o el amor— antes considerados extraños a la mirada inquisitiva del economista en cuanto tal.

Andando el tiempo, Robbins habría de matizar su posición apriorística, en Economía. La contrastación empírica como criterio de validez de una teoría, genuina prueba del algodón del estatus científico del conocimiento económico, no era aceptada inicialmente por nuestro hombre. Por eso, su criterio de validez para aceptar una teoría tuvo mucho menos aceptación. Como se sabe, en el *Ensayo* sostenía nuestro autor que la teoría de precios resultaba deducible como mera implicación lógica de unos pocos postulados sencillos, fundamentales y auto-evidentes. Tales eran, por ejemplo, la existencia de un mapa ordinal de preferencias en el consumo, ordenadas de forma transitiva y consistente, o el reconocimiento de que toda función de producción se hallaba sometida al principio de la productividad marginal decreciente. Estos postulados fundamentales, a manera de juicios analíticos verdaderos *a priori*, conducen a perfilar las categorías de oferta y demanda, a las que se refiere

como genuinas proposiciones sintéticas, verdaderas *a priori*, plasmadas en comportamientos elementales e indiscutibles de la experiencia observada. No deja de ser irónico, como se ha dicho, que ya E. Slutsky hubiera demostrado, 17 años antes del Ensayo de Robbins, que la pendiente negativa de la curva de demanda, salvo excepciones más concebibles que observables, no puede asentarse exclusivamente sobre el supuesto de que los individuos tiene preferencias ordinales consistentes y transitivas en el consumo. Y algo parecido sucede en las formulaciones iniciales de la teoría de la producción.

En cualquier caso, el “apriorismo” de Robbins implicaba que la validación de las teorías económicas procede de la solidez de los postulados elementales y del camino deductivo, sin vicio lógico, que desciende de tan autoevidentes o intuitivos supuestos. El trabajo empírico puede ser útil, reconoce, para dilucidar la aplicabilidad, en su caso, de una teoría concreta a una situación determinada. Nótese que esto implica negar la refutabilidad popperiana de una teoría como criterio de validación; las teorías, para Robbins, resultan o no aplicables a este o aquel arreglo social, pero no son empíricamente refutables.

Mayor aceptación, como también es ampliamente reconocido, logró el contenido del sexto capítulo de su *Ensayo*. En sus páginas se rechaza la posibilidad de comparaciones intersubjetivas de utilidad como se acaba de señalar. Los manuales posteriores aceptaron, en general —también va dicho— la negativa de tal comparabilidad sobre la base de la imposibilidad de contrastarla ni subjetiva, ni empíricamente. Lo cual, dicho sea de paso, no deja de constituir una contradicción con la posición central metodológica del propio Robbins (además de cerrar el paso a las sencillas construcciones iniciales de Economía del Bienestar). En esencia, no era por la vía de la evidencia econométrica a partir de los datos empíricos, o de su refutabilidad *à la* Popper, como se llega a proposiciones significativas en Economía. Era, más bien, mediante la seguridad que proporcionan ciertos supuestos iniciales, intuitivamente evidentes, a partir de los que, por un proceso de deducción lógica, se alcanzarían conclusiones o explicaciones robustas en nuestra ciencia.

De todos modos, Robbins, en su *Autobiografía* escrita casi cuarenta años después del *Ensayo*, reconoció que había descuidado el problema de la contrastación empírica, tanto de los supuestos utilizados como de las implicaciones de las teorías, y que su posición estaba teñida de lo que Popper había bautizado como esencialismo metodológico. Habiendo sido escrito el libro antes de la difusión de la obra de Popper, reconocía que de haberle conocido, ciertas partes del *Ensayo* hubieran tenido otra redacción. La versión inglesa de la *Lógica de la Investigación Cientí-*

fica de Popper, es, en todo caso, si no me equivoco, de 1958 (aunque una resumida edición alemana vio la luz en 1934). El *Ensayo* de Robbins fue dado a la estampa en 1932.

En fin, hay que añadir que el apriorismo reaparece en la obra de algunos economistas de la tradición austriaca seguidores de Ludwig von Mises quienes rechazan el uso de toda práctica o proceso de contrastación empírica como criterio de validación, principalmente de teorías macroeconómicas que conculcan su acendrado individualismo metodológico. Esta tradición, reavivada modernamente, va incluso bastante más allá de la posición del propio Robbins de tiempos más cercanos. Los viejos odres albergan, a veces, nuevos vinos.

La amplia difusión de sus ideas metodológicas no debería ocultar sus primeros pasos en nuestra ciencia. Robbins comenzó levantando una acerada crítica a la noción marshalliana de “empresa representativa”. Sobre la base de su escasa relevancia para entender el equilibrio de la empresa o de la industria, montó, en efecto, Robbins su ataque al concepto, el cual, por cierto, se esfumó de los manuales al uso; pero no hace mucho, la noción marshalliana ha vuelto a hacer acto de presencia en el estudio del comportamiento dinámico de la empresa con el que Marshall estaba luchando. Robbins no alcanzó a percibir la naturaleza del problema con el que se enfrentaba el gran economista de Cambridge.

Tampoco es de olvidar su análisis de la función de oferta de trabajo en los micromercados laborales, en cuanto concierne a la ambigüedad de la respuesta de la oferta laboral ante la alteración del salario real. Mucho más sugestiva resulta, con todo, su teoría del ciclo, de intenso sabor austriaco, teoría en la que el mismo Robbins reconoce la nítida influencia de Hayek, quien equipado con su innovadora *Trade Cycle*, acababa de llegar de Viena —a la *London School of Economics*— en fecha tan temprana como 1928. La brillante teoría hayekiana del “efecto-concertina”, fue arrollada, como se sabe, por el imperialismo de las ideas keynesianas que ya borboteaban en el efervescente crisol de la Escuela de Cambridge. Robbins utilizó la teoría con los efectos del subahorro y otros concomitantes para explicar la Gran Depresión de los años 30 (*The Great Depression*, 1934). Tiempo adelante, habiendo colaborado con Maynard como asesor gubernamental, parece que nuestro hombre reconoció mayor relevancia a la teoría keynesiana del ciclo y su tratamiento, aunque aún se discute si Robbins se hizo enteramente keynesiano.

Hay en la trayectoria intelectual de Robbins un cierto desgarro como si estuviera requerido por dos amores opuestos. La prístina percepción liberal de la necesaria po-

lítica económica de sus primeras andanzas fue ensombreciéndose con algunos ziz zags intelectuales a lo largo del tiempo. Su posición temprana muestra, ciertamente, una firme defensa del liberalismo económico. Su percepción de la superioridad de los arreglos de mercado sobre la tentación colectivista o, en general, intervencionista se ubicaba en la línea más inequívocamente clásica del pensamiento de sus antecesores. Defendió vigorosamente los principios liberales en obras bien tempranas como su trabajo titulado *Causas económicas de la guerra* escrito en 1939, o en su obra menos conocida del mismo año, *The Economic Basis of Class Conflict*. Sin rebozo defendió también una posición nitidamente librecambista que llegó a chocar, en los años treinta, con el conocido viraje keynesiano defensor de un proteccionismo peculiarmente oportunista y transitorio. Quizá las penosas circunstancias de postguerra, su experiencia como reformista, su misma trayectoria periodística o como *policy maker*, y la atmósfera general de la época le hicieron más condescendiente con el mantenimiento de algunas excepciones —en problemas particulares— tales como las concernientes a medidas de *welfare* en línea con las trazadas por Beveridge, subsidios a las artes, o el mismo control sobre la exportación de obras de arte, amén de las ayudas públicas a la educación universitaria, concebidas como meras medidas *ad hoc* en circunstancias extraordinarias. En las extremas circunstancias de 1947, escribió una obra que manifiesta algunas excepciones al liberalismo puro: *El problema económico en la guerra y en la paz* (Macmillan, 1947). Aquí su posición sobre el control macroeconómico en obsequio del pleno empleo resulta mucho más matizada que en sus escritos primeros de más genuina estirpe liberal.

Muy llamativamente destacó, como va dicho, nuestro personaje como profesor de Historia del Pensamiento Económico. Robbins brilla con gran fuerza entre los más destacados historiadores del pensamiento de la época: su gran amigo, Jacob Viner en Chicago y Princeton, Wesley C. Mitchell y R. A. Seligman en Columbia, Joseph Schumpeter en Harvard. A este lado del mar, Lionel Robbins era un faro solitario y poderoso en las universidades europeas. Su influencia sobre sus alumnos, algunos economistas e historiadores posteriormente famosos, fue ampliamente reconocida en una época en la que muchos científicos, metodológicamente absolutistas, despreciaban, por su pretendida irrelevancia para la construcción analítica, la historia de su propia ciencia. Robbins contribuyó a darle sentido y dotarle de la más alta utilidad en la tarea corriente del teórico. No hace mucho que se han publicado sus *Lectures*, tal como él las impartía en la *London School of Economics*. No carece de interés contemplar como entendía nuestro hombre la tarea de reconstruir el pensamiento de los economistas que nos han precedido. Para Robbins, es útil la reconstrucción no ya como artificiosa erudición sino como

medio para entender el mundo actual, además de prestar fundamento a una conversación inteligente sobre las raíces de nuestra ciencia. Mientras que la historia de las ciencias naturales no siempre resulta necesaria para comprender la física actual, o la biología, esto no es igualmente cierto en economía “las instituciones e ideas actuales se han abierto paso cargadas con la herencia del pasado y conocer como se han originado algunas ideas, cuales han sido sus vicisitudes, intrínsecamente en el desarrollo de la cuestión, extrínsecamente en su influencia sobre el pensamiento general respecto a la sociedad, como han llegado a transformarse, sus implicaciones sobre el discurso moderno, es altamente importante, dice, si uno quiere tener una visión más rica que ingenua de lo que está sucediendo”.

Y continuó aceptando la visión de J. M. Keynes y Mark Pattison según la cual, “es difícil entender los desarrollos contemporáneos sin el conocimiento necesario de la forma en la que se han producido”. Gran parte de su influencia, como es generalmente reconocido, procede indudablemente de su impronta magistral en la enseñanza de la disciplina. Mas otra gran parte de tal huella nace de las importantes tesis doctorales que se escribieron bajo su atenta dirección (v.gr.: la tesis de su discípulo español, el profesor Pedro Schwartz sobre J. S. Mill que ha alcanzado renombre universal). Contribuyó, además, a la difusión de importantes reimpressiones, como la realizada en la LSE, de las obras completas de Bentham y J. S. Mill. En fin, una tercera fuente de influencia proviene de algunos de sus más señeras contribuciones. Así, por ejemplo, en su *Teoría sobre la política económica en la economía política clásica inglesa*, Robbins hace una aportación importante para entender las bases de la función económica del Gobierno. Como se ha dicho, si el actual discurso político resultase seriamente imbuido de las prescripciones de Robbins, el mensaje podría resultar mucho más complejo y mucho menos susceptible de manipulación ideológica de lo que suele ser en los tiempos que corren.

Por cuanto atañe a su posición metodológica como historiador del pensamiento económico, todavía es de actualidad resaltar su originalidad y buen juicio. No son pocos los historiadores que han creído, en Historia del Pensamiento Económico, poder dar cuenta de las teorías de un economista objeto de estudio sobre la base de su origen social, de sus intereses materiales y otras variables semejantes. Las ideas de los autores serían así entendidas como epifenómeno de los intereses de clase, de la estructura social o de la misma historia social en la que manotean sin remedio los economistas cuyas ideas estudia el historiador. Es una postura que a veces ha recibido el nombre de relativismo histórico. Una postura cómoda y hasta atractiva sobre todo para historiadores marxistas. “Nada es verdad ni mentira, decía mi paisano Campoamor, todo es según

el color del cristal con que se mira". Para quien adopte esta posición metodológica, el criterio de verdad de una teoría no sería un criterio universal; la teoría de un economista puede resultar verdadera o aplicable en un escenario social e inaplicable y falsa en otro.

Fatigados de tanta historia relativista, muchos historiadores han cortado el nudo gordiano ateniéndose tan sólo al contenido analítico, desnudo de contexto, de la teoría estudiada y a su corroboración o refutación por los hechos. Robbins escapa de esta concepción parroquial relativista de la Historia del Pensamiento Económico. Puede ser que el problema que originó la teoría del economista estudiado tenga su origen en las condiciones socioeconómicas de su entorno, pero puede nacer del deseo de corregir una teoría anterior, o puede provenir de factores biográficos de otra índole. En cualquier caso, como yo mismo hice notar en los comienzos mi modesta trayectoria investigadora, comprender el reto intelectual que afronta el economista estudiado implica no desdeñar el crisol socio-biográfico, las coordenadas no analíticas o situación-problema que configura la lucha intelectual del autor en cuestión; pero luego, la trascendencia analítica requiere concentrarse en las piezas teóricas, su recuento y coherencia interna, y su contraste con lo hechos. Robbins no acepta la inteligibili-

dad del pensamiento de un economista entendiéndolo como mero subproducto de las condiciones socioeconómicas o ideológicas del pensamiento estudiado; cree que, cualquiera que sea el contexto de descubrimiento de la teoría reconstruida, ha de juzgarse en buena medida por su trascendencia y hasta por su capacidad de supervivencia. Tiene toda teoría significativa algún significado o dimensión universal. Y tal es el punto crucial donde nuestro hombre pone el estilete del análisis histórico. Un ejemplo: el modelo de David Ricardo está alentado, sin duda, por las condiciones socioeconómicas, por el contexto histórico que le tocó vivir; pero sus descubrimientos analíticos trascienden clarísimamente su época y adquieren —o así lo pretenden— dimensión o vigencia teórica atemporal.

Finalmente, su acercamiento a muchas de las teorías, se emprende desde la búsqueda de referencias, anticipaciones, o avances hacia la posición de la economía tal como se entiende y él mismo la entendía en el "estado de las artes" de su propia época. No de otro modo se acercan a la faena de historiar las ideas del pasado muchos de los grandes historiadores modernos del pensamiento económico, parte los cuales confiesan haberse inspirado en la cristalina tarea del gran maestro que fue en éste, como en otros campos, de gran fertilidad.